

al denuedo y actividad del general en jefe, no correspondían su ciencia en el arte de la guerra ni sus combinaciones militares, ni aun la acertada elección en los hombres encargados de ejecutarlas, y esto hacia que en medio del entusiasmo general por la defensa de la patria, apareciesen en algunos Estados varios gobernantes partidarios de la paz.

Sobraba, pues, el valor personal á los habitantes de todos los Estados; pero faltaba la fuerza moral en varios de sus gobernadores, y esto hacia que no acudiesen en auxilio del gobierno general con todos los recursos de que podían disponer.

CAPITULO IX.

Presidencia de D. Pedro María Anaya.—El gobierno dirige comunicaciones enérgicas á los gobernantes de los Estados para que ayuden al gobierno.—Varios auxilian eficazmente, pero otros se mantuvieron frios espectadores de los acontecimientos.—Toma posiciones Santa-Anna en Cerro-Gordo.—Atacan los norte-americanos las posiciones para reconocerlas, y son rechazados.—Batalla de Cerro-Gordo ganada por Scott.—Proyecto del gobierno mejicano para hacer desertar tres mil irlandeses del ejército invasor.—Se levantan fortificaciones para la defensa de Méjico.—Quita Jarauta un convoy á los norte-americanos.—Accion en el punto llamado el Calabozo, ganada por los mejicanos.—Scott admite al servicio de su ejército veintidos criminales de la cárcel de Puebla y forma con ellos una contra-guerrilla.—Scott ofrece igual libertad á los demás presos, pero la rechazan.—Se anuncia con un cañonazo, la aproximacion de los invasores á la capital.—Entusiasmo del ejército y la guardia nacional.—El fuerte del Peñon.—Es visitado por las señoras principales de Méjico.—Accion de Padierna en que es derrotado Valencia.—Accion en el Puente de Churubusco y hacienda de los Portales.—Toma del convento de Churubusco.—Se celebra un armisticio.—Proposiciones de paz.—No se celebra esta.—Entran por viveres á la capital algunos norte-americanos, con carros.—Son apedreados por el populacho.—Vuelven á romperse las hostilidades.

1847.

1847. Al siguiente dia de haber tomado Don Pedro María Anaya posesion de la silla presidencial, convo-

có una junta de generales. Deseaba saber la opinion de ellos respecto de si se defenderia ó no la capital, en caso de que el éxito de la batalla que pensaba presentar el general Santa-Anna á los norte-americanos no fuese favorable. En la junta manifestaron muchos, los pocos elementos de guerra que habia en la capital para poner la plaza en un estado de defensa conveniente, pues se carecia de los suficientes cañones para ello, y exigia gastos muy crecidos. De la reunion resultó, que la mayoría opinó porque se levantasen guerrillas numerosas que hostilizaran á los invasores en su marcha, y que se fortificasen varios puntos del camino, á fin de que aquellas pudiesen obrar con éxito ventajoso.

1847. En medio del entusiasmo que se notaba en la mayoría del país, se dejaban ver, como dejo ya referido, bastantes partidarios de la paz, que anhelaban que se celebrase esta antes que nuevas desgracias la hiciesen mas costosa. Esos partidarios de la paz veian en algunos gobernantes de varios Estados, extraordinaria frialdad en prestar al gobierno general el auxilio indispensable que todos debian impartirle para hacer fructuosa la campaña; comprendian que sin los elementos indispensables de armas y de dinero los sacrificios del patriotismo serian estériles; tenian de la capacidad de Santa-Anna, como general para una guerra de aquella importancia, un concepto muy desfavorable, y, en consecuencia, juzgaban conveniente un arreglo que diese fin á la contienda con los Estados-Unidos. El gobierno, luchando con los obstáculos que le presentaba la oposicion, y anhelando hacer un esfuerzo supremo para ver si con una victoria lograba



DON PEDRO MARÍA ANAYA.

cambiar la faz de la guerra y moderar las exigencias y aspiraciones de los norte-americanos, dirigió á todos los gobernantes de los Estados comunicaciones enérgicas para que ayudasen al gobierno á combatir contra el enemigo comun. Muchos Estados, entre ellos Oajaca, Querétaro, Guanajuato, Veracruz, San Luis Potosí y otros que habian hecho ya sacrificios notables, se apresuraron á dar aun mayores pruebas de patriotismo, y se apresuraron á poner á disposicion del gobierno, hombres, armas y dinero. Este noble y digno comportamiento, no fué imitado, por desgracia, por algunos Estados, cuyos gobernantes, dando una interpretacion inconveniente á la soberanía de aquellos, se manifestaron frios espectadores de los acontecimientos.

1847. Santa-Anna, al salir de Méjico, para ponerse frente de las tropas, se dirigió con su estado mayor y una escolta á su hacienda del Encero, á donde, como tengo dicho, llegó el 5 de Abril. En aquel punto estableció provisionalmente su cuartel general. Entre tanto el general Rangel, que habia salido de Méjico hácia Veracruz con una brigada por orden del general Santa-Anna, así como el general Canalizo que habia recibido orden de que se reuniese al general D. Rómulo Diaz de la Vega á fin de hostilizar á los norte-americanos al pasar por el Puente Nacional, y los restos del ejército de la Angostura, habian llegado á los sitios que se les designó. El punto que Santa-Anna habia elegido como ventajoso para presentar una batalla al general Scott al emprender su marcha de Veracruz á Puebla, fué Cerro-Gordo.

Cerro-Gordo se encuentra á siete leguas de Jalapa. Al pié del borde de una de las mesas de la cordillera, se encuentra Plan del Rio, donde empieza á dejarse sentir ya con fuerza la temperatura de la *tierra-caliente*: el cerro del Telégrafo, situado á la izquierda del camino, se destaca sobre la mesa, dominando todas las alturas vecinas: en una cañada muy profunda que se extiende á la derecha, corre el Rio del Plan, y entre éste y el camino, que en este sitio hace un quiebre, se adelantan varios ramales de lomas, casi paralelamente, que desaparecen con el descenso de aquella elevacion, cuyos costados se **1847.** tienen por inaccesibles. Aunque este sitio le pareció el mas ventajoso á Santa-Anna para presentar una batalla al general norte-americano, no participó de su opinion el instruido coronel de ingenieros D. Manuel Robles que, en el sitio de Veracruz, acababa de prestar notables servicios. Para el coronel Robles, el punto mas á propósito era el conocido con el nombre de Corral-Falso. El entendido ingeniero que nos ocupa, y á quien el general Canalizo encargó del reconocimiento de Cerro-Gordo, manifestó que el punto era bueno para molestar á los invasores; pero no para presentar una batalla, y mucho menos para alcanzar una victoria decisiva; que el camino podia ser cortado por los norte-americanos á retaguardia de la posicion; que la falta de agua del Cerro, era un inconveniente digno de tenerse en cuenta, y que, aun cuando atacase de frente la posicion, lo mas que se lograria seria rechazarles, pero no impedir que se volvieran á rehacer en las alturas de Palo-Gacho, á donde seria peligroso irles á atacar. Aunque las observaciones del

coronel de ingenieros eran de fuerza, no fueron consideradas así en aquel momento, y Santa-Anna encargó al mismo coronel Robles que dirigiese las obras de fortificacion necesarias en Cerro-Gordo.

El dia 9 de Abril se dirigió el general Santa-Anna al sitio por él escogido, para practicar, con su estado mayor, un reconocimiento hasta el Plan del Rio, y comisionó á Don Manuel Robles para que emprendiese inmediatamente las fortificaciones precisas en las lomas de la derecha del camino. Los norte-americanos, durante este tiempo, se habian puesto en marcha, y esto impedia que las obras emprendidas casi en el momento, pudiesen ejecutarse ni siquiera medianamente: todo adolecia de la prisa con que era indispensable levantar las fortificaciones. El general Santa Anna levantó su cuartel general del Encero y lo situó en Cerro-Gordo, á donde llegó el 11. Al siguiente dia el resto del ejército de la Angostura, aquellos soldados que habian sufrido las mayores privaciones cruzando dos veces el desierto, llegaban fatigados, llenos de polvo y sedientos, al sitio en que debian de nuevo prodigar su sangre.

1847. El ejército de Scott habia llegado tambien á la vista de los mejicanos, y acampó sobre el camino enfrente á las posiciones de los segundos. Santa-Anna dispuso su campo esperando que de un momento á otro atacasen sus posiciones los invasores; pero estos se detuvieron en el sitio que acamparon sin dar disposiciones para acometer. Así llegó el 14, y estos tres dias transcurridos de aquella manera, le persuadieron á Santa-Anna de que Scott se juzgaba impotente para atacarle. Impaciente de

saber la causa de la detencion de Scott, ordenó al general Canalizo para que con la caballería reconociese el campo enemigo, y procurase hacer algunos prisioneros para saber por ellos lo que obligaba á los norte-americanos el retardar el ataque. D. Angel Trias que, despues de la desgraciada batalla de Sacramento en Chihuahua, habia ido á la capital de Méjico á pedir recursos para continuar la guerra, y que deseoso de prestar sus servicios á la patria se dirigió á Cerro-Gordo con el fin de hallarse en la lucha, fué nombrado por Santa-Anna para que acompañase á Canalizo en aquella expedicion. En la noche del 14 salió la expresada fuerza de caballería, que se componia de los regimientos 5.º y 9.º, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húsares, Orizaba y Chalchicomula. Pero el terreno que tuvo que andar fué tan escabroso, que el 15 en la noche, volvió sin haber alcanzado el objeto que se deseaba.

En la misma inaccion se pasó el dia 16, dando fuerza así á la creencia de que Scott, viéndose en imposibilidad de atacar, se retiraria, sin duda, á esperar refuerzos de los Estados-Unidos. Llegó el dia 17, y el general Alcorta salió á eso de las doce del dia á practicar un reconocimiento por el cerro de la Atalaya. Se alza esta eminencia al pié del cerro del Telégrafo, encadenándose con otras alturas boscosas que, elevándose en el bajío, forman al frente de la posicion que ocupaba el ejército de Santa-Anna, un límite á la vista, que le impedia extenderse mas allá de una corta distancia. El general Alcorta, al practicar su reconocimiento, se encontró bien pronto con fuerzas enemigas que le acometieron, y á las cuales opuso una ligera avan-

zada, batiéndose en retirada, mientras bajaba á protegerle el 3.º de línea que guarnecía el cerro del Telégrafo. Santa-Anna mandó que la columna de reserva formase inmediatamente sobre el camino; á los batallones ligeros los situó en la falda del expresado Telégrafo; á la izquierda, que era por donde mas cargaban los norte-americanos, al 4.º de línea; una parte del 11.º de infantería y del 3.º de línea quedaron en la cumbre sobre los parapetos allí levantados; y el 6.º de línea se dirigió, por órden del general D. Rómulo Diaz de la Vega, á la derecha, para impedir con sus fuegos que fuese envuelta la posicion. Santa-Anna, despues de haber dictado todas aquellas órdenes, que fueron ejecutadas prontamente, se presentó en la cumbre del cerro, acompañado de su estado mayor, y animaba con su presencia á las tropas que, llenas de entusiasmo, le victoreaban á la vez que se batian.

Las tropas de los Estados-Unidos, divididas en tres secciones, emprendieron un ataque sério, cargando impetuosamente sobre la izquierda, centro y derecha de la posicion mejicana; pero encontraron una resistencia tenaz, y despues de algunas horas de lucha, se vieron obligados á replegarse sobre la Atalaya, con bastantes pérdidas. Santa-Anna envió inmediatamente una comunicacion á Méjico, participando al gobierno el buen éxito que habian alcanzado las armas mejicanas en aquel dia. En la comunicacion decia que, «despues de haber sostenido por espacio de cuatro horas una lucha contra la mayor parte de las fuerzas norte-americanas, mandadas por el mismo general Scott en persona, fué rechazado el ejército invasor con grandes pérdidas, dejando en el campo muchos

»muertos y heridos.» Luego añadía: «segun se advierte, »los esfuerzos de los invasores continuarán mañana y la »lucha será encarnizada.» Santa-Anna concluía pidiendo al gobierno que le enviase dinero para pagar á la tropa.

1847. Aunque, con efecto, el ataque habia sido bastante serio, podia considerarse únicamente como un reconocimiento hecho por Scott, para emprenderlo al siguiente dia por el punto que creyese mas débil. Con efecto, mientras Santa-Anna se ocupaba en disponer todo lo necesario para repeler á los invasores, estos colocaban algunos cañones en el cerro de la Atalaya, y hacian los preparativos de ataque para el siguiente dia. La aurora del 18 de Abril de 1847 se presentó alumbrando los dos campos; y el estruendo del cañon anunció la próxima batalla. La batería que habian colocado por la noche en el cerro de la Atalaya, rompió sus fuegos sobre las posiciones mejicanas situadas en el Telégrafo. En aquellos momentos se ocupaba el general Santa-Anna en situar en la orilla del camino una batería, mientras los ingenieros Robles y Cano construian algunas ligeras obras de fortificación bajo los fuegos de los invasores, y en la falda del mismo Telégrafo, en el sitio precisamente en que la tarde anterior habian formado los cuerpos que defendieron el centro de la posicion. Los batallones 1.º y 2.º de ligeros se situaron sobre el cerro, cuyo punto estaba mandado por general D. Cirilo Vazquez: el 4.º de línea ocupaba la izquierda misma que el dia anterior habia defendido valientemente; el 6.º de línea cubrió la derecha; la caballería se situó sobre el camino, quedando apoyada su derecha por una batería que el 11.º de infantería sostenia; los ba-

tallones 3.º y 4.º ligeros, quedaron formados en el camino, prontos para acudir al sitio que necesario fuese en el momento del combate.

Los norte-americanos empezaron á arrojar sus proyectiles sólidos y huecos desde el instante que salió el sol. Sus balas de cañon y sus granadas caian en todos los puntos ocupados por las tropas mejicanas, mientras sus columnas, cubiertas por la escabrosidad del terreno que se hallaba al frente de la izquierda mejicana, avanzaban por detrás del cerro de la Atalaya. Serian las siete de la mañana, cuando una de aquellas columnas, al mando del general Twiggs, emprendió su ataque sobre el Telégrafo. La artillería que se hallaba situada sobre la cumbre de este, empezó tambien á hacer certeros disparos sobre los invasores. Santa-Anna que acudia á todas partes, mandó que inmediatamente subieran los batallones 3.º y 4.º ligeros en auxilio de las tropas que defendian el Telégrafo, donde el fuego de fusilería se habia roto ya de una manera vivísima.

1847. Los norte-americanos atacaban con denuedo los puntos sostenidos por el 2.º y 4.º ligeros y 3.º de línea, mientras hacian esfuerzos inauditos por forzar la izquierda del Telégrafo que defendia el 4.º de línea, así como por la derecha, resguardada por el 6.º de infantería. La accion se hizo general. El fuego de cañon era incesante de una y otra parte, así como el de la fusilería se mantenía cada vez mas vivo, causando infinidad de víctimas de una y otra parte. Allí el general mejicano Don Ciriaco Vazquez, combatiendo con heroismo, cayó sin vida dando ejemplo de valor y de amor á la patria; el co-

mandante de la artillería situada en el cerro, el pundonoroso coronel Palacios cayó herido por las balas norteamericanas. Muerto el general D. Ciriaco Vazquez y no pudiendo hacerse cargo del mando del punto del Telégrafo el general Uraga que era su segundo, por estar combatiendo en la izquierda á la cabeza de su batallon el 4.º de línea, le reemplazó el general Baneneli. El combate seguía cada vez mas obstinado; pero la victoria empezaba á inclinarse de parte de los invasores: las obras bajas de la posicion fueron al fin tomadas por ellos, y vencida esta dificultad, emprendieron su ascension al Telégrafo, para apoderarse de la que se hallaba en la cumbre del cerro. El desórden empezó entonces á manifestarse en las fuerzas mejicanas, y los soldados, abandonando sus filas, descendian por la parte opuesta por donde bajaban los heridos. El general Santa-Anna, ardiendo en ira, les contuvo, y les obligó á volver á subir. Pero la moral y la confianza estaban ya perdidas: los pasados descabros habian matado en los soldados mejicanos la confianza hácia sus jefes, y solo la subordinacion les hizo volver al combate. El general Baneneli, tratando de ver si con un esfuerzo desesperado detenia á los asaltantes, mandó calar bayoneta al 3.º ligero que habia permanecido de reserva. Los soldados obedecieron; pero al verse rodeados por todas partes de enemigos, se desordenaron y emprendieron su retirada. En vano el general Baneneli se esforzó en detenerles; él mismo se vió arrastrado bien pronto por la masa de los que huian, sufriendo el terrible fuego de los norteamericanos que, apoderados ya de la cumbre, disparaban sus cañones y fusiles sembrando la confusion y la muerte.

Durante el ataque al Telégrafo, otra columna del ejército de los Estados-Unidos, compuesta de voluntarios al mando del general Pillou, avanzaba sobre la posicion del centro que defendia el capitan de navío Godinez. Este dejó aproximarse, sin disparar un tiro, á los asaltantes, y cuando se hallaban á pocas varas de la posicion, mandó que se ¹⁸⁴⁷ disparasen todas las piezas de artillería. La lluvia de balas de cañon abrió grandes claros en la columna norte-americana que se retiró en algun desórden. Godinez mandó, mientras se reorganizaban, que se volviessen á cargar con metralla las piezas; pero estos nuevos disparos no se verificaron. La columna norte-americana que se habia apoderado de la cumbre, descendia por su falda, mientras otra que se hizo dueña de la batería del camino, amenazaba la posicion, y el general Jarero que mandaba aquel punto, al ver envueltas por todas partes sus fuerzas y dominadas por el cerro, se vió precisado á rendirse á los invasores. Al tiempo mismo que esto sucedia, otra columna, al mando del general Worth, salvando las barrancas que se habian creido inaccesibles, atacaba el punto de la izquierda en que se habia establecido una batería. Santa-Anna mandó al general Canalizo que cargase al enemigo con la caballería; pero no pudo efectuar la carga por la escabrosidad del terreno, y los norteamericanos, sin hacer caso del fuego de cañon que la batería lanzaba, avanzó para salir al camino, con objeto de cortar la retirada al ejército mejicano que, como se ha dicho, se encontraba ya desordenado.

Al mismo tiempo que la expresada columna del general Worth se dirigia al camino, se desprendia de ella una